

ZUMALACÁRREGUI EN
LA I GUERRA CARLISTA



Tomado de (Roldan González, 1982:76)
y coloreado por medios informáticos.

30 de marzo de 2015

INTRODUCCIÓN

"La ingratitud de los reyes era verdaderamente espantosa. Fernando VII fusilaba a los generales de la Independencia, que habían luchado heroicamente por él, y hundía en la miseria a Godoy, que quizá era su padre; Luis XVIII daba pensiones a los bonapartistas y revolucionarios, y dejaba abandonado a Fauche-Borel, agente de los Borbones durante más de treinta años, qué, viéndose en la vejez sin amparo, acabó suicidándose. María Cristina, traicionando a los que la defendían, pactaba con Don Carlos, y este último veía con inquietud los éxitos de Zumalacárregui y escuchaba con tranquilidad la noticia de su muerte".¹

"Impasible contemplaba Zumalacárregui la gran masa de cortesanos que en el cuartel Real se iba reuniendo, porque convencido de su poder se hacia la ilusión de que le sería fácil destruir de un soplo todas sus maquinaciones y todas sus intrigas. Militar severo y de carácter independiente y altivo, no comprendió entonces lo que una triste experiencia vino a demostrarle después, á saber, que aquella falange de palaciegos era un plantel fecundo de donde habían de brotar para él no pocos enemigos, y en cuyo seno había de germinar la funesta semilla de la división y de la discordia, hundiendo en el abismo una causa que tantas y tan seguras probabilidades de triunfo presentaba en un principio, cuando aún no había invadido sus reales el gusano roedor de la adulación y de la perfidia".²

"El plan de Zumalacárregui, como ya he mencionado antes, no era ni el de abolir completamente ni el de adoptar en su totalidad el sistema de guerrillas, sino combinarlo, en tanto en cuanto fuera posible, con el método de lucha empleado por los ejércitos disciplinados, haciendo uso de uno o de otro, y a veces de ambos, según las circunstancias. Sus éxitos eran admirables, teniendo en cuenta todas las dificultades que tenía que vencer, y pueden atribuirse en parte a la circunstancia de que todos los jefes, en ambos ejércitos, eran seguidores fanáticos de un sistema o de otro, predeterminados a obrar siempre, o de acuerdo con las reglas clásicas de la guerra, o como guerrilleros, pero incapaces de combinar ambos sistemas de guerrear, y, por lo tanto, perdidos en un mar de confusiones cuando se veían obligados a adoptar un método que no era el suyo propio".³

¹ Pío Baroja. *Obras Completas. Tomo IV.* Edición de José Carlos Mainer. (Barcelona: Círculo de Lectores. 1997). 727.

² Francisco de Paula Madrazo. *Historia militar y política de Zumalacárregui.* (Madrid: José Vallejo. 1844). 152.

³ C.F.Henningsen, *Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacárregui.* (San Sebastián: E. Española. 1939).208.

Existe una cierta historiografía que quiere ver en el caudillo carlista Tomás de Zumalacárregui un icono del independentismo, o como mínimo del fuerismo, olvidando que él era coronel del ejército español y su bandera era el rey “legítimo” para toda España, por más que ese rey (o pretendiente) no fuese un modelo demasiado excelso y que su breve período de mando como general en jefe del Norte estuviese erizado de desencuentros con la camarilla palaciega y con las autoridades forales de Navarra y Vascongadas.

Zumalacárregui demostró ser el mejor estratega – con la única posible comparación de Ramón Cabrera – de los ejércitos carlistas, su genio militar brilló máximamente en la genial combinación que hizo entre la guerra pequeña “guerrilla” y la guerra convencional. Si la primera es, en palabras de Galdós, la geografía en armas y en la segunda la victoria se obtiene, según Clausewitz, por la sorpresa, el ataque desde varios lados y el aprovechamiento del terreno, ninguno de los jefes militares con los que se midió llegó a su altura aplicando estos principios.

Francisco Espoz Ilundain (conocido como Espoz y Mina) – la gran esperanza de los liberales para acabar con él –lo enfrentó en la batalla de Larremiar o de Elzaburu el 12 de marzo de 1835 y en ella el guipuzcoano Zumalacárregui, alias el *Lobo de las Améscoas* o el *Tío Tomás* estuvo a punto de destrozar al navarro Espoz y Mina, alias el *Zorro de Idocín* o el *Esqueleto* (debido a la consunción que le había provocado el cáncer de estómago que en dos años le llevaría a la tumba), destrozo que no se consumó gracias en parte, como se verá, a la acción de otro guerrero navarro notable, Marcelino Oraá, alias el *Lobo Cano* o el *Abuelo*.

No tuvo condiciones Zumalacárregui para prosperar en un ambiente político como el de la España del primer tercio del siglo XIX, tan falto de probidad, y aun más, como en la actualidad y eso le acarreó numerosos contratiempos en su carrera profesional aunque todos, amigos y enemigos, tuvieron que reconocer en su día el genio ponderado que le era característico.

Una muerte temprana – y muy desafortunada – impidió que pudiese desenvolver al máximo sus posibilidades, que en el momento de producirse, estaban abiertas a todas las esperanzas de triunfo para la causa que defendía.

Fue uno de los muchos soldados que, en la historia, dieron su vida por España, mientras que los también muchos corrompidos vividores que siempre han sido la mayor desgracia de la nación se lucraban desvergonzadamente.

ANTECEDENTES

PRIMERAS ARMAS DE TOMÁS DE ZUMALACÁRREGUI

El 29 de diciembre de 1788 nació en Ormaiztegui (Guipúzcoa) Tomás de Zumalacárregui e Imaz en una familia hidalga pero no demasiado pudiente, máxime teniendo en cuenta que eran catorce hermanos a los que había que alimentar. Para agravar la situación, contando Tomás cuatro años falleció el padre dejando a la madre sola para cuidar de la familia entera. Desde los cinco años en que empezó a asistir a la escuela descubrió su carácter de líder capitaneando siempre a los niños de su edad y mostrando tal afición por lo militar que rechazaba jugar a otra cosa que no fuese a ello,

"Yo no quiero jugar más que a los soldados, porque como así como aquí somos tantos hermanos que mi suerte al fin habrá de ser la de soldado".⁴

A los trece años de edad marchó a Idiazábal para empezar el aprendizaje de escribano con un primo suyo y allí se le desarrolló definitivamente el carácter taciturno que le sería característico. Posteriormente pasó a Pamplona a instruirse con el procurador del tribunal eclesiástico D. Francisco Javier de Ollo y en cuya casa conocería a la que andando el tiempo sería su esposa, su hija Pancracia.

En estas, se produce la invasión de los franceses y Zumalacárregui acude el día 8 de junio de 1808 a Zaragoza a alistarse en el quinto tercio de zaragozanos posteriormente llamado batallón del Portillo.

Su alistamiento fue en el grado de "soldado distinguido", su biógrafo Madrazo presume que este grado se debió a sus méritos pero es muy probable que en buena parte se debiera a la ordenanza establecida en el ejército estamental español del siglo XVIII de crear este grado para aquellos soldados de origen hidalgo o noble que no tenían plaza de cadete pero que podían después promocionar a oficiales sin pasar por los empleos de cabo y sargento ⁵.

En este destino combatió en el primer sitio de Zaragoza distinguiéndose con su batallón en los combates y recibiendo su bautismo de fuego.

⁴ (Madrazo 1844,5).

⁵ Francisco Andújar Castillo, *El ejército estamental en la España del siglo XVIII*.(Granada: Universidad de Granada, 1990). 200. Consultado 6 de febrero de 2015. <http://digibug.ugr.es/handle/10481/6489>.

ZUMALACÁRREGUI EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Formó parte Zumalacárregui de las fuerzas españolas que se enfrentaron a las francesas en la batalla de Tudela en noviembre de 1808 y, al ser derrotado el ejército español, se retiró con ellas a Zaragoza donde acto seguido se sufrió el segundo sitio, pero antes de su conclusión cayó prisionero en una acción y logró escapar dirigiéndose a su tierra natal.

Allí no tardó en unirse a la partida guerrillera guipuzcoana de Gaspar de Jáuregui apodado *El Pastor* (porque lo era) siendo nombrado su secretario y enseñándole a escribir. Eran los tiempos gloriosos de las partidas de patriotas que eran cantadas por el pueblo.

Longa de mi vida,

Mina de mi amor,

Don Gaspar de Jáuregui

De mi corazón.

Combinando sus acciones con las del llamado *Curso Terrestre de Navarra* al mando del legendario Francisco Espoz Ilundain (Espoz y Mina) al regularizarse un poco más la guerra se formó el primer regimiento de Guipúzcoa en el que Zumalacárregui obtuvo plaza de teniente y acudió a Cádiz en 1812 comisionado para que los despachos de jefes y oficiales de su regimiento obtuviesen la confirmación de la Regencia y dado que su hermano Miguel Antonio figuraba como diputado en las Cortes reunidas en dicha ciudad obtuvo para Tomás el ascenso a capitán, empleo con el que asistió a la batalla de San Marcial y la toma de San Sebastián.

Terminada la guerra Tomás permaneció de guarnición con la división guipuzcoana en esas tierras estudiando con ahínco la ciencia militar con un aprovechamiento que le empezó a distinguir entre sus compañeros.

En agosto de 1815 pasó a mandar una compañía del regimiento de infantería de Borbón, al disolverse este pasó al regimiento de Vitoria y el 1 de marzo de 1821 pasó al regimiento de Órdenes Militares no sin haber pasado por el trance de ser destituido a raíz del pronunciamiento liberal de 1820 por desafecto al nuevo régimen aunque fue repuesto en su mando ⁶.

⁶ (Madrazo 1844,22).

ACTUACIÓN EN EL TRIENIO LIBERAL

En 1822 el regimiento de Órdenes Militares pasó de guarnición a Pamplona y Zumalacárregui con él. Pero su fama de desafecto al régimen hizo que le fuese ordenado presentarse con otros dos oficiales del regimiento al general López Baños en Vitoria con la mala suerte de que cayeron en manos de una partida de bandoleros que bajo el título de *Defensores de la Fe* se dedicaban al robo y el asesinato. Enterado el general Quesada- que había penetrado en Navarra y levantado fuerzas contra el régimen constitucional- de ello los liberó y les propuso pasar a su bando lo que los tres oficiales rechazaron siendo conducidos otra vez a Pamplona pues el camino de Vitoria estaba infestado de bandas de salteadores.

No solo no le fue agradecido a Zumalacárregui esta muestra de lealtad sino que las insidias le obligaron a mantener su honor seguramente mediante un duelo, lo que le obligó a refugiarse en Francia de donde pasó a presentarse en agosto al dicho general Quesada y ponerse a sus órdenes. Quesada le dio el mando del 2º batallón de la división realista de Navarra con el grado de teniente coronel.

Perseguida la división navarra por la columna del general Tabuenca, le hizo frente en el pueblo de Benabarre y – muy principalmente gracias a la experta dirección de Zumalacárregui – las tropas constitucionales fueron totalmente derrotadas pereciendo su jefe e iniciando las fuerzas de Quesada una correría por el Alto Aragón y Cataluña que no fue del agrado de los navarros integrantes de su división que preferían combatir en su tierra natal lo que unido al revés que sufrieron al regresar a Navarra en la acción de Nazar y Asarta hizo que Quesada abandonara el mando y se retirara a Francia.

El general don Carlos O'Donell se hizo cargo de la división pero su escaso éxito propició que fuese sustituido por el general de la tierra don Santos Ladrón de Cegama, bajo el mando del cual el 26 de marzo de 1823 en Larrasoaña la división realista derrotó completamente a los regimientos de Jaén, La Princesa y Mallorca, acción en la que Zumalacárregui se distinguió al frente de su batallón.

Al entrar los *Cien mil hijos de San Luis* en España en abril, los batallones 2º y 3º de Navarra al mando del brigadier don Santos Ladrón formaron la vanguardia del II Cuerpo del general Molitor y entraron con él en Zaragoza ocupándose después en operaciones hasta el restablecimiento del gobierno absoluto de Fernando VII.

SEGUNDA RESTAURACIÓN DEL ABSOLUTISMO

Con el fin del trienio liberal la mayor parte de la división realista de Navarra se dispersó y Zumalacárregui que había estudiado profundamente la ciencia militar de las unidades francesas a los que su batallón sirvió de vanguardia fue comisionado para formar e instruir al denominado Regimiento de infantería Voluntarios de Aragón 2º ligero, recibiendo en pago la sorpresa de no figurar en los cuadros de mando de la unidad, retirándose con licencia a Pamplona hasta el 9 de noviembre de 1824 en que fue nombrado miembro de la Comisión Militar de Navarra encargada de aplicar las rigurosísimas leyes de excepción promulgadas para castigar los hechos del trienio y reprimir cualquier acto u opinión constitucional. En este terrible tribunal mantuvo una actuación templada y suave hasta agosto del año siguiente en que fue disuelta la Comisión.

Durante 1826 y 1827 fue destinado como jefe accidental primero y luego como teniente coronel del regimiento de infantería Cazadores del Rey 1º ligero de guarnición en Huesca.

A principios de 1828 fue destinado como teniente coronel al regimiento del Príncipe 3º de línea de guarnición en Zaragoza donde la gran pericia que tenía admiró al coronel jefe del regimiento que delegó en él la conducción de la unidad. Y en ocasión de la visita del rey a Zaragoza y la brillantez de las evoluciones del regimiento ante sus ojos, manifestó el dicho coronel que todo el mérito se debía a su segundo con lo que Fernando VII le concedió el ascenso a coronel a este, siendo destinado el 1 de febrero de 1829 como jefe del Regimiento de Voluntarios de Gerona 3º ligero de guarnición en Valencia.

Desde mediados de ese año mandó el Regimiento de Extremadura 14º de línea y con ocasión de haber cubierto carrera la unidad, junto a otras, el 11 de diciembre de 1829 en la boda de María Cristina de Borbón con el rey, determinó este que todos los coroneles al mando de los regimientos participantes en los fastos ascendiesen a brigadieres, cosa que se verificó a excepción de Zumalacárregui que se vio trasladado como gobernador a El Ferrol y su regimiento con él ⁷.

Este agravio da una muestra del ambiente que se vivía en la España del tiempo, nada excepcional en su historia por otra parte, en la que la mayor parte del tiempo el mérito y los servicios son postergados ante la adulación y el servilismo.

⁷ (Madrazo 1844,53).

DESEMPEÑO COMO GOBERNADOR DE EL FERROL Y DEPURACIÓN⁸

En la villa de El Ferrol existía una organización criminal desde los lejanos tiempos de la finalización de la guerra de la Independencia que reunía todas las características de lo que por esa época aparecería en Sicilia e Italia, es decir de la Mafia. Sus cabezas rectoras eran individuos de clase acomodada con numerosas vinculaciones con el poder que actuaban con total impunidad. El capitán general de Galicia, teniente general Nazario Eguía, encargó al coronel gobernador de la plaza la represión de dicha banda criminal que el antecesor de Zumalacárregui en el cargo, coronel Sanjuanena jefe del Regimiento de Castilla 15º de línea, no había sido capaz de erradicar. Fue tal la eficacia de Zumalacárregui que en menos de dos meses la organización mafiosa fue totalmente desarticulada con sus jefes y miembros prominentes encarcelados sin que los intentos de soborno, amenazas de muerte y demás maniobras que pusieron en práctica contra él les dieran ningún resultado.

Pero la situación política de España y de Europa vino a cruzarse en la vida de Zumalacárregui, como en la de tantos otros, y después de los llamados *Sucesos de la Granja* y la formación del ministerio de Cea Bermúdez en octubre de 1832 se emprendió en el ejército español una depuración de todos los mandos considerados como proclives a defender la legitimidad para la sucesión al trono del infante don Carlos contra la de la princesa niña Isabel y Zumalacárregui estaba incluido entre los *carlistas*.

Esta circunstancia fue inmediatamente aprovechada por los miembros de la dicha sociedad criminal que consiguieron, mediante tretas y conspiraciones, que el brigadier de Marina del apostadero del El Ferrol, Roque Guruceta se encerrase con la fuerza a su mando en las instalaciones del puerto pretextando haber recibido avisos secretos de que se iba a producir un levantamiento armado liderado por Zumalacárregui a favor de don Carlos. Este infundio fue convenientemente desmentido mediante la correspondiente instrucción judicial pero como la política del gobierno era la anteriormente dicha fue aprovechado para, primero separar a Zumalacárregui del mando del Regimiento de Extremadura nombrándole para el del Regimiento de África, 3º de línea e inmediatamente suspendiendo este nombramiento el nuevo Capitán General de Galicia, mariscal de campo Rafael Sempere que había sustituido el 22 de octubre al también depurado Eguía.

⁸ Existe un paréntesis en la carrera militar de Zumalacárregui que no me ha sido posible llenar pues en la hoja de servicios remitida por el Archivo Militar General de Segovia en 5 de febrero de 2015 solo figuran los empleos y el tiempo servido hasta finales de enero de 1825. Existe una incongruencia de fechas pues es a finales de 1829 cuando da Madrazo su traslado a El Ferrol y narra que el capitán general de Galicia le encargó la represión contra la sociedad mafiosa y sin embargo esta represión la fecha a mediados de 1832. Si, como dice Madrazo, el encargo fue a título sustitutorio del anterior gobernador de la plaza coronel Sanjuanena hay un hueco de dos años y medio entre el traslado y la represión.

ZUMALACÁRREGUI EN LA I GUERRA CARLISTA

FALLECIMIENTO DE FERNANDO VII E INCORPORACIÓN AL CAMPO CARLISTA

Desde su destitución Zumalacárregui trató infructuosamente que se reparase la injusticia cometida con él, pero en los tres o cuatro meses que pasó en Madrid no consiguió sino que el nuevo Inspector de Infantería, general Quesada, que había sido su jefe en la guerra contra los liberales en 1822 y que ahora se descubría como entusiasta partidario de ellos le dejase claro que no iba a ser repuesto en ningún mando y a duras penas consiguió que se le autorizase a residir en Pamplona con licencia ilimitada, ciudad a la que partió después de ofrecer su espada al infante don Carlos, ofrecimiento que fue aceptado para cuando falleciese el soberano, política esta del futuro Pretendiente que sólo consiguió desarmar a sus partidarios que fueron expulsados masivamente de los mandos de tal forma que a la muerte de Fernando VII ni una sola unidad del ejército regular proclamó a don Carlos como rey ante sus banderas.

Fallecido el rey el día 29 de septiembre de 1833, casi inmediatamente empezaron los pronunciamientos a favor de don Carlos en toda España, el desarrollo de los cuales no es objeto de este artículo pero sí, por cuanto afecta al protagonista, es de reseñar que en Pamplona los oficiales del regimiento Provincial de Sigüenza estaban conjurados para pronunciarse por don Carlos e incluso Zumalacárregui estuvo a punto de lanzarse a la calle –siendo disuadido por su familia y amigos- pero la rapidez con la que el mariscal de campo Santos Ladrón de Cegama alzó la bandera de rebelión y su derrota el día 12 de octubre en Los Arcos por el brigadier Lorenzo y su fusilamiento en Pamplona dos días después enfriaron mucho los ánimos en Navarra haciendo que los sublevados se dispersasen quedando escasos núcleos bajo el mando superior del comandante Francisco Iturralde.

En estas condiciones y cuando en casi toda España en general y en Vascongadas y Navarra en particular las fuerzas carlistas eran dispersadas, el coronel Tomás de Zumalacárregui, abandona Pamplona en torno al 20 de octubre de 1833, para incorporarse a las fuerzas carlistas y comenzar su campaña de veinte meses que acabará con su muerte a consecuencia de herida recibida en el campo de batalla.

CAMPAÑA CONTRA SANSFIELD Y VALDÉS

El jefe designado para encabezar el alzamiento en Navarra era el coronel Francisco Benito de Eraso pero al comienzo de los hechos se había visto obligado a pasar a Francia donde fue internado por el gobierno del rey Luis Felipe, afín al gobierno liberal español. Cuando Zumalacárregui llegó al campo carlista el jefe interino, comandante Iturralde se negó a entregarle el mando hasta que una junta de jefes le obligó a ello. Pero Zumalacárregui especificó que se hacía cargo del mando hasta que Eraso se hiciese presente, aunque al llegar este al poco tiempo no aceptó tomar el primer puesto reconociendo la superior valía de aquel. La primera disposición del nuevo líder fue comunicar a los voluntarios reunidos que era imposible satisfacerles el *prest* (sueldo) de dos reales diarios que tenían asignado por falta de recursos y solo era posible darles un real diario. Hay que tener en cuenta que en el ejército regular a un soldado raso, se le descontaba para manutención un real diario, para vestuario (masita) medio real y se le entregaba en mano (sobras) otro medio, si bien en campaña se le proporcionaba la ración de manutención sin descontársela del sueldo ⁹.

Después organizó sus escasas y mal equipadas fuerzas en cuatro batallones de infantería, pues carecía de caballería y artillería, basados en la plantilla de los batallones regulares, que era de ocho compañías de las cuales seis eran de tiradores y las dos restantes denominadas *de preferencia* una era de granaderos y la otra de cazadores, la primera de las cuales formaba en el extremo derecho de la línea de batalla del batallón y la segunda en el extremo izquierdo.



Otra innovación de Zumalacárregui fue el equipamiento de sus soldados. El equipo del ejército regular era inapropiado para la guerra de constante movimiento y el terreno escarpado en el que los batallones carlistas iban a operar. En lugar de la pesada mochila, la cartuchera y la espada corta de que iba equipado el infante liberal los voluntarios carlistas llevaban a la espalda un saco ligero con provisiones para un día, una camisa y unas alpargatas de repuesto, una canana con las municiones que le permitían recargar en el combate sin tener que sacar los cartuchos de la cartuchera trasera con el consiguiente peligro de que se le cayeran y una bayoneta al cinto sin espadas inútiles que le golpeasen la pierna durante las marchas ¹¹.



Soldado liberal ¹²



Voluntario carlista ¹³

⁹ Conde de Clonard, Tte.Gral. *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería. Tomo VI.* (Madrid. 1854).73.

¹⁰ (Clonard, 1854,481)

¹¹ Alfonso Bullón de Mendoza. *La primera guerra carlista.* (Madrid : Universidad Complutense, 2002). 242. Consultado 6 febrero 2015. <http://biblioteca.ucm.es/tesis/19911996/H/0/H0003401.pdf>.

¹² (Clonard 1854,470)

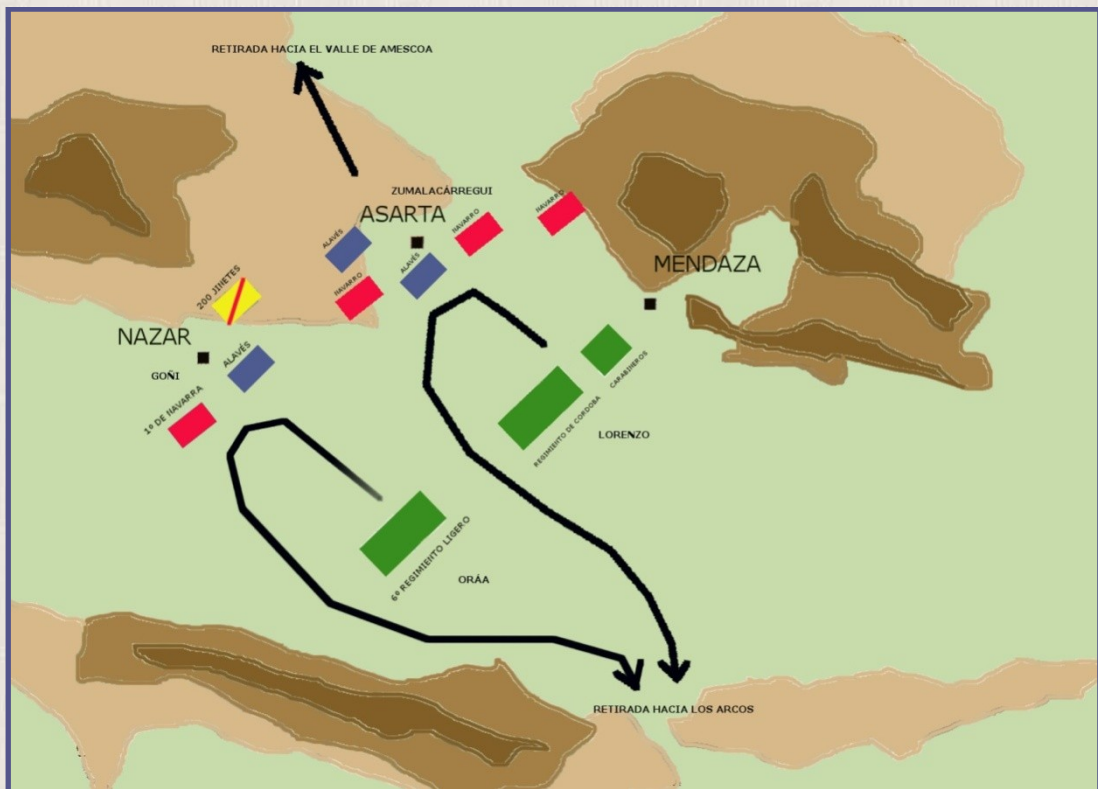
¹³ <http://miniaturasmilitaresalfonscanovas.blogspot.com.es/2011/07/carlistas-la-guerra-de-1833.html> (Consultado el 19-2-2015).

Además estableció una Junta económica para procurar los abastecimientos de todo tipo que precisa un ejército en campaña y formó una red de informadores que cubría todo el territorio y una serie de partidas volantes que con la denominación de *Aduaneros* mantenían vigilados todos los puntos y servían de escaramuzadores.

Entretanto parecía que la rebelión carlista tenía los días contados. Si en los primeros momentos en Castilla la Vieja se levantaron una masa imponente de voluntarios al mando de los brigadieres Merino y Cuevillas y los carlistas ocuparon Vitoria y Bilbao, el gobierno de María Cristina ordenó al general Sarsfield que desde Burgos avanzara contra los rebeldes. Este general que no veía todavía clara la situación trataba de no comprometerse demasiado en uno u otro sentido (de hecho sería asesinado en Pamplona en 1837 por las tropas liberales exaltadas de los cuerpos francos llamados *peseteros* - por cobrar una peseta diaria - acusado de tibieza en la fe liberal) se demoró en emprender las operaciones, pero al no poder dar más excusas sin peligro personal salió de Burgos y entró en Logroño, movimiento que ocasionó la desbandada de los voluntarios castellanos e igualmente cuando se dirigió a Vitoria la de los alaveses sin que nada hicieran de efectivo los carlistas para que no entrara también en Bilbao el 25 de noviembre de 1833. Ya estaba nombrado como nuevo general en jefe el teniente general Gerónimo Valdés, pasando Sarsfield a ser virrey de Navarra, pero mientras llegaba las tropas liberales desbandaban a los restos armados carlistas de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava que se acogieron al único núcleo organizado que quedaba poniéndose a las órdenes de Zumalacárregui y reconociéndole por general en jefe el 7 de diciembre de 1833.

Con grandes dosis de serenidad y genio organizativo Zumalacárregui infundió orden y moral en las desanimadas huestes carlistas y cuando el nuevo virrey Sarsfield intentó terminar la tarea de acabar con los carlistas de Vascongadas y Navarra aquel le esquivó con hábiles marchas y contramarchas con las que entrenaba y fogueaba a sus bisoños voluntarios de forma que el general liberal acabó por permanecer en Pamplona delegando las misiones operativas en el general Lorenzo.

El capitán general de Aragón – conde de Ezpeleta – ordenó al entonces coronel Marcelino Oráa, navarro y gran conocedor del territorio que pasase con mil infantes y cien jinetes a auxiliar al general Lorenzo para acabar con las fuerzas carlistas en Navarra, circunstancia que fue aprovechada por Zumalacárregui para plantear la primera acción de batalla campal con objeto tanto de satisfacer los deseos de sus voluntarios como de foguearlos en acciones de envergadura. Atrajo a las fuerzas liberales unidas de Lorenzo y Oráa al valle de la Berrueza y les esperó en las posiciones de los pueblos de Nazar y Asarta el 29 de diciembre de 1833.



Elaboración propia con los datos de la Bibliografía.

Zumalacárregui dispuso el batallón 1º de Navarra y uno de los tres alaveses de que disponía en el pueblo de Nazar y en la retaguardia los 200 jinetes que constituían toda su caballería y él ocupó el pueblo de Asarta con los batallones 2º, 4º y 5º de Navarra y otros dos batallones alaveses. Oráa atacó a Nazar con el 6º regimiento ligero Voluntarios de Navarra y finalmente lo ocupó a costa de bastantes pérdidas mientras que Lorenzo atacaba Asarta con el regimiento de Córdoba 11º de línea y un contingente de carabineros viéndose en bastante peligro ante los contraataques a la bayoneta de los carlistas de los que le libraron los aguerridos

carabineros que formaban en sus fuerzas. Finalmente los carlistas se retiraron agotadas las municiones en dirección al valle de las Améscoas y los liberales, incapaces de perseguirlos, lo hicieron dos días después en dirección a Los Arcos.

Tuvieron los carlistas en torno a 50 bajas mientras que las de los liberales pasaban de 300 y, sobre todo, a partir de este momento adquirió el ejército de Zumalacárregui un gran crédito militar ante sus enemigos y ante el país entero, lo que ocasionó una avalancha de voluntarios y oficiales a sus filas, pues la opinión era abrumadoramente partidaria de don Carlos.

A mediados de enero de 1834 dimitió Cea Bermúdez como jefe del gobierno de la regente María Cristina ante la imposibilidad de llevar adelante una Transición política según su programa y fue sustituido por Martínez de la Rosa que contaba con más apoyos entre los diferentes grupos liberales. Zumalacárregui marchó hacia los valles pirenaicos fronterizos entre Aragón y Navarra de Ayézcoa, Salazar y Roncal que se habían declarado por los liberales y consiguió que se pasaran a su bando con lo que aseguraba ese flanco. Cuando Lorenzo y Oráa tuvieron noticias de que Zumalacárregui estaba en Lumbier, en las proximidades de la raya de Aragón, se apresuraron a marchar contra él, pero este dividió sus batallones de forma que los dos jefes liberales se tuvieron también que dividir para perseguirlos sin conseguir alcanzarles y además ocupó la fábrica de armas de Orbaiceta obteniendo cartuchería y fusiles. Ante esto el general en jefe liberal, Valdés, acudió con abundantes fuerzas a atacar a Zumalacárregui en Lumbier donde este estaba con los batallones 1º y 2º de Navarra, las compañías de preferencia (granaderos y cazadores) del 4º y la compañía de Guías ¹⁴. No consiguió el jefe liberal más que provocar una acción secundaria en los alrededores de Güesa en la que el jefe carlista le ocasionó bastante más pérdidas de las que sufrió antes de retirarse por la ya habitual falta de municiones. Cuando el tenaz Oráa persiguió a Zumalacárregui, este con escasas fuerzas le acometió por sorpresa nocturna en los pueblos de Zubiri y Urdaniz y ordenando concentrarse a dos batallones navarros, uno guipuzcoano y otro alavés se juntó con ellos en el puerto de Lizárraga ante los cual los jefes liberales Oráa y Lorenzo no se atrevieron a atacarle ¹⁵.

¹⁴ J. Antonio Zaratiegui. 1845. *Vida y hechos de don Tomás de Zumalacárregui*. (Madrid: José Rebolledo. 1845). 113.

¹⁵ (Zaratiegui 1845,125)

Fácilmente se comprenderá el genio organizativo de Zumalacárregui si leemos las cifras de oficiales profesionales del ejército que pasaron a encuadrar a los voluntarios carlistas, 5 tenientes generales de 75, 6 mariscales de campo de 132, 12 brigadieres de 323 y 148 oficiales de 1.300 ^{16, 17}.

El día 21 de febrero de 1834 se nombró al teniente general Vicente Genaro de Quesada, entusiasta converso al liberalismo, general en jefe en sustitución de Gerónimo Valdés y desde Pamplona dirigió al gobierno una interesante comunicación en la que describe (con equivocaciones) las fuerzas carlistas y su análisis de la rebelión, causas, modos y maneras de sofocarla en la que recomienda el soborno secreto de los líderes carlistas con unos “pocos millones” ¹⁸.

¹⁶ (Henningsen 1939,46)

¹⁷ (Roldán González 1982,89-93)

¹⁸ Antonio Pirala. *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista. Tomo I.* (Madrid: P. Mellado. 1868). 257

CAMPAÑA CONTRA QUESADA

Llevado de su entusiasmo (que no le libraría de ser asesinado en agosto de 1836 por los liberales radicales) el general Quesada principió su mando ofreciendo por escrito a Zumalacárregui el perdón si se rendía y amenazando en caso contrario con terribles represalias a lo cual el general carlista contestó reuniendo en Lumbier a los cinco batallones navarros que aclamaron la resolución de continuar la guerra el 9 de marzo.

A continuación Zumalacárregui en una marcha forzada se reunió con los batallones alaveses y atacó a Vitoria siendo rechazado en las mismas calles de la ciudad y fue cuando se produjo el famoso hecho de los *fusilamientos de Heredia* que sus enemigos tanto le reprocharon aunque Henningsen señala que fueron hechos en represalia a los fusilamientos de los 30 carlistas hechos prisioneros en el ataque a Vitoria.

El día 23 de marzo sale Quesada de Pamplona y Zumalacárregui divide sus fuerzas, tres batallones al mando de Eraso se dirigen a los valles de Ulzama y Baztán y el propio Quesada con la división de Oráa les persigue, los dos restantes batallones con el propio líder carlista se dirigen a las inmediaciones de Estella y la división de Lorenzo va tras ellos. Cuando recibió el refuerzo del batallón 1º de Álava mandado por Villareal, Zumalacárregui planteó batalla a Lorenzo el día 29 de marzo en los pueblos de Abarzuza y Muro obligando a este a refugiarse en Estella derrotado.

El 9 de abril reúne Zumalacárregui sus dos batallones navarros, con uno alavés y otro guipuzcoano y cruzando el Ebro se presenta ante Calahorra atacándola lo que provoca que Quesada y Oráa abandonen la persecución de Eraso y acudan a neutralizar la audaz maniobra del jefe carlista que vuelve a cruzar el Ebro y perseguido por Lorenzo se encuentra encerrado entre tres divisiones enemigas pero se escabulle en una marcha nocturna y gana el refugio de la sierra de Urbasa burlando a las fuerzas liberales.

El 11 de abril recibió Zumalacárregui una carta de don Carlos en la que le agradece sus servicios y le confirma en su mando dándole el grado de mariscal de campo (recordemos que era coronel) además de confirmar los fueros navarros y vascongados y pidiéndole que de a conocer la carta al país y al ejército, lo que produjo un indescriptible entusiasmo en todo el territorio sublevado.

El 21 de abril salió Quesada de Vitoria conduciendo un convoy de caudales con fuerzas de dos regimientos de granaderos de la Guardia Real de Infantería (de cuyas iniciales G.R.I. del sombrero vino el calificativo *guiri* que les daban los carlistas a los soldados liberales) y Zumalacárregui que estaba en Echarri-Aranaz con el 1º de Navarra mandó reunirse con él al 3º de Navarra que estaba próximo y con dos batallones alaveses al mando de Uranga y Villareal que se presentaron inesperadamente resolvió acudir a enfrentarse con el general liberal. Este, quizá creyendo más numerosos a los carlistas, no aceptó el desafío y al divisar a las avanzadas carlistas en Iturmendi retrocedió hasta Alsasua donde sorprendentemente, en lugar de volver a Salvatierra – en donde había empezado la jornada – por el camino real, se desvió hacia Segura por un camino muy abrupto en cuyo itinerario fue atacado por los carlistas que le ocasionaron sensibles pérdidas salvándose de un desastre total por el sacrificio de la retaguardia al mando del coronel Leopoldo O'Donell que cayó prisionero siendo fusilado posteriormente en represalia a los fusilamientos que practicaba Quesada con los carlistas prisioneros.

Este disparate táctico de Quesada solo puede interpretarse por su deseo de no hacer patente su impotencia ante Zumalacárregui volviendo sobre sus pasos.

El 1 de mayo volvió a salir Quesada de Pamplona al frente de fuerzas superiores a las carlistas para perseguir a estas y tratar de empeñarlas en una acción decisiva. Zumalacárregui le estuvo burlando durante 25 días y en la noche del 26 diez compañías carlistas se acercaron subrepticamente por la noche al pueblo de Muez donde pernoctaban las fuerzas liberales atacándolas por sorpresa y estando a punto de conseguir la captura o muerte del mismo general en jefe Quesada.

El 3 de junio intentó Quesada hacer prisionera a la Junta carlista que estaba en el valle del Baztán pero Zumalacárregui se posicionó en el puerto de Velate para atacarle cuando se retirase lo que obligó a aquel a refugiarse por otro camino en Vitoria desde donde salió el 17 con la intención de sorprender a los carlistas entre sus fuerzas y las salidas de Pamplona al mando de Linares y el marqués de Villacampo. Pero en la venta de Gulina, Zumalacárregui a la cabeza de cuatro batallones navarros, dos alaveses y dos guipuzcoanos entabló combate con estas últimas ocasionándoles 600 bajas y produciendo un gran efecto moral en Pamplona al observar la población el enorme convoy de heridos retirados de la batalla. Los reiterados fracasos de Quesada ocasionaron su cese el 26 de junio de 1834.

CAMPAÑA CONTRA RODIL

Para sustituir a Quesada como general en jefe del Ejército del Norte fue nombrado el teniente general José Ramón Rodil que había mandado el ejército de Observación de Portugal hasta que don Carlos abandonó el país, donde estaba refugiado desde marzo de 1833, a bordo de un navío inglés. Llegó Rodil a Logroño a primeros de julio con más de diez mil hombres desde Portugal con los que las fuerzas a su mando sumaban cerca de cuarenta mil soldados divididas en cinco divisiones ante lo cual Zumalacárregui arengó a sus voluntarios preguntándoles si se acobardarían ante tantos enemigos, contestando estos que no y planeando su caudillo un ataque sorpresa cuando las fuerzas liberales se encaminasen de Logroño a Pamplona.

Pero el día 11 de julio recibió Zumalacárregui un aviso del propio don Carlos en el que le notificaba que había llegado al valle del Baztán donde acudió a recibirle y después de las formalidades y agasajos de rigor habiendo sido nombrado por don Carlos teniente general y jefe del Estado Mayor decidió que el pretendiente escoltado por Eraso se separase de él como medio de lograr la división de las numerosas fuerzas liberales para poder batirlas mejor. Rodil ideó el establecimiento de una línea fortificada entre Pamplona y Vitoria que añadida a la ya existente entre Logroño y Pamplona servirían para encerrar a los carlistas en espacios estrechos donde no pudiesen escapar a sus numerosas fuerzas, pero no contaba con el genio táctico de Zumalacárregui que con marchas y contramarchas y enfrentándose a las tropas liberales cuando veía ventajas como el día 31 de julio en el puerto de Artaza acabó por desmoralizar al general liberal y disuadirle de la idea de poder derrotarle por lo que optó por perseguir a don Carlos creyendo que si lograba apresarle la victoria estaría asegurada.

No dejaba Zumalacárregui de observar a las tropas liberales para ver de sorprenderlas y especialmente aquilataba las cualidades de los diversos generales enemigos de los que únicamente tenía prevención hacia Oráa por ser navarro de su misma escuela guerrillera de la guerra de la Independencia y con grandes cualidades tácticas aunque su poca cultura y humilde origen le imposibilitaban para mando superior, muy especialmente porque los demás generales no hubiesen consentido servir a sus órdenes.

El 19 de agosto en un paraje estrechísimo conocido como las *Peñas de San Fausto* en el camino entre Larrión y Estella la vista de águila de Zumalacárregui vio la posibilidad de asestar un fuerte golpe a la confiada columna del general barón de Carondelet y reuniendo las doce compañías de preferencia de los batallones 1º, 2º, 4º y 5º de Navarra y del 1º y 2º de Guipúzcoa sorprendió completamente a los liberales ocasionándoles cerca de trescientos muertos y estando a punto de ser apresado su general, no obstante el regimiento provincial de Valladolid resultó diezmado, su coronel muerto y prisionero el coronel conde de Vía Manuel, Grande de España de primera clase, que después de la negativa de Rodil a canjearlo por prisioneros carlistas y que el propio don Carlos negase su indulto fue pasado por las armas en represalia de los fusilamientos e incendios que había decretado el general en jefe liberal.

El 2 de septiembre aprovechó Zumalacárregui el descuido del general liberal Figueras que le perseguía junto con Oráa para vengar la acción anterior, para sorprender con siete compañías escogidas, cerca del puerto de Eraul, a la retaguardia de su columna y capturar todos los equipajes de los oficiales lo que contribuyó no poco a que fuese relevado del mando al poco tiempo este general liberal.

El 3 de septiembre Zumalacárregui buscando despegarse de los tenaces Lorenzo y Oráa que le seguían se retiró a Santa Cruz de Campezu con los batallones 1º y 4º de Navarra y las compañías de Guías 1ª y 3ª reuniéndose con el regimiento de Lanceros de Navarra que al mando del coronel José Vicente Amusquivar estaba formado por tres escuadrones con un total de 240 jinetes y que estaban pobremente equipados y adiestrados muy lejos de la formidable potencia que les infundiera después el jefe de la caballería carlista coronel Carlos O'Donell.

*"Por ese tiempo, con la apariencia de perfectos cosacos, algunos estaban sin abrigo, otros iban con pañuelos en sus cabezas, y muchos con solo una bota o alpargata, y otros con las espuelas atadas a un talón desnudo. El enorme tamaño y peso de sus lanzas, lo que las hacía menos manejables, contribuía a hacer descollar aun mas su rara y salvaje apariencia"*¹⁹.

¹⁹ (Henningesen 1939, 99)

Desde allí se aproximó Zumalacárregui a Viana el día 4 donde estaba acuartelado el mismo Carondelet derrotado el 19 de agosto con un batallón del regimiento de Castilla 15º de línea y los restos del regimiento Provincial de Valladolid y el regimiento de Cazadores a caballo de la Guardia Real.

Estaba confiado el general liberal (cuyo nombre se convirtió en sinónimo de inútil para los contendientes) sin tomar ninguna precaución, cuando fue acometido por los carlistas que obligaron a parte de su infantería a refugiarse en el pueblo mientras que su impresionante caballería, fuerte de unos 450 jinetes, apoyada por infantería formaba en batalla en la llanura de las afueras del pueblo. Zumalacárregui ordenó a los Lanceros de Navarra que se posicionasen enfrente de los escuadrones liberales y ordenó cargarles, quizá al toque de degüello ²⁰.

Fue este el bautismo de fuego de la caballería carlista, pero arrollaron completamente a la élite de la caballería liberal ocasionando tantas ó más pérdidas a Carondelet que en las *Peñas de San Fausto* y tomando además la bandera coronela del regimiento de Castilla.



Carga de Zumalacárregui ²¹

²⁰ <https://www.youtube.com/watch?v=LEBLbWLIldR0&index=10&list=PL01FE824A274CE460>
(Consultado el 23-febrero-2015).

²¹ <http://lacuevadeloslibros.blogspot.com.es/2012/12/reflexiones-en-torno-la-pintura-augusto.html>
(Consultado el 23-febrero-2015)

No es para describir el estado de ánimo que se apoderó de Logroño, muy próximo a Viana, cuando vieron entrar a los maltrechos restos de las fuerzas liberales pues se ocultaba cuidadosamente a la opinión pública los múltiples reveses que sufrían los ejércitos de María Cristina.

Casualmente le llegó a Zumalacárregui la noticia de que dos oficiales liberales estaban dispuestos a abrirle las puertas de Echarri-Aranaz y entregarle las municiones e incluso cañones que había en el pueblo. Se frustró esta sorpresa con gran pesar del jefe carlista ya que no disponía de artillería en absoluto y siempre estaba escaso de municiones y de dinero para adquirirlas o fabricarlas. El presupuesto mensual de sus cinco batallones, dos compañías de Guías y el regimiento de Lanceros era de unos 260.000 reales mensuales y eso que el voluntario raso cobraba un solo real diario en vez de los dos del ejército liberal, el cabo real y medio en vez de dos y medio y así todos los grados, incluidos los oficiales que solo cobraban, los inferiores la mitad del sueldo de ordenanza y los superiores un tercio. Además se proveía a todos diariamente (cuando había) de una libra (1/2 kilogramo) de carne, dos libras (1 kilogramo) de pan y unos dos litros de vino y a los oficiales del doble pero de la misma calidad ²². El mismo Zumalacárregui, siendo teniente general, no cobraba más que 2.500 reales mensuales que era el sueldo de un coronel y además lo repartía casi todo con lo que muchas veces tenían que invitarle sus oficiales a tomar café después de cenar ²³.

²² (Zaratiegui 1845,235)

²³ (Henningsen 1939,43)

Otra enorme preocupación era la provisión de calzado para sus tropas, que era mayoritariamente las llamadas alpargatas de cáñamo pero que tenían la desventaja de no aguantar el tiempo lluvioso por lo que muchas veces los batallones carlistas cuando llovía se quitaban las alpargatas las guardaban en el saquete que llevaban a modo de macuto y andaban descalzos. Igualmente los cartuchos de fusil eran entregados con enorme contención siendo raro el combate en el que se entregaban a los voluntarios más de diez de ellos y eso en los momentos anteriores al comienzo por lo que en todas las ocasiones que se presentaban se atacaba a la bayoneta pues además la acometividad típica de los navarros y su alta moral hacía muy provechosas esas acciones.

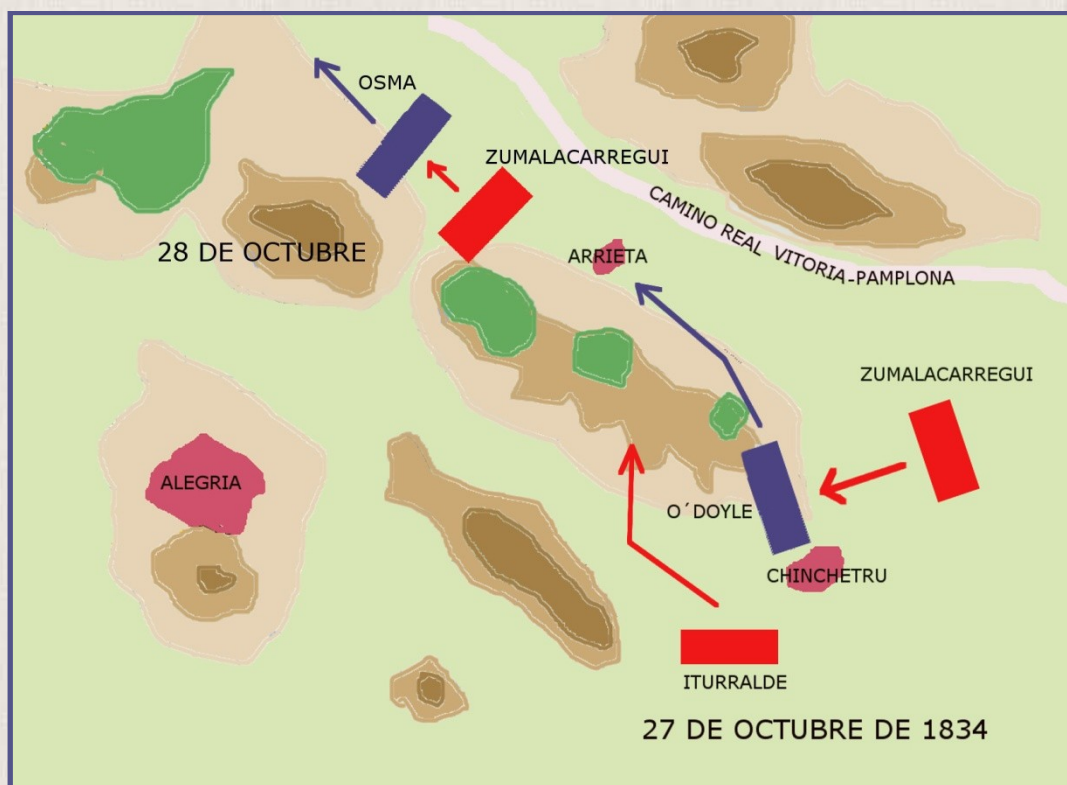
Viendo Rodil lo inútil de su persecución de don Carlos cejó en ella y mandó contra él al general Córdova, joven talento militar, y a Espartero, ya acreditado, contra Zumalacárregui. Más viendo el gobierno el pobre resultado del mando de Rodil le destituyó el 22 de septiembre dividiendo el mando del Norte en dos, uno de Navarra bajo Espoz y Mina y otro de las Provincias Vascongadas bajo el mando de Osma.

En tanto que Espoz y Mina llegaba del extranjero se encargó de su mando interinamente el conde Armíldez de Toledo.

CAMPAÑA CONTRA ESPOZ Y MINA

A mediados de octubre pensó Zumalacárregui cruzar el Ebro y dirigirse al pueblo riojano de Ezcaray donde había una fábrica de paños a fin de proveer de uniformes de invierno a sus batallones. No salió bien la expedición pues al poco de vadear el río la vanguardia carlista topó con una fuerza de caballería liberal que obligó al general carlista a replegarse al haberse perdido el efecto sorpresa. Pero el día 21, por casualidad o por confidencia, volvió a cruzar el Ebro y atacó a un convoy con 2.000 fusiles que iba de Burgos a Logroño escoltado por una o dos compañías y tres escuadrones de la Guardia Real Provincial. Aunque en el encuentro resultó baja (y posteriormente muerto) el jefe de la caballería carlista, coronel Amusquivar, los carlistas se apoderaron del botín valiosísimo para ellos, con el que armaron a cuatro batallones navarros más. Recruzó Zumalacárregui el Ebro, después de haber asediado a los milicianos liberales del pueblo de Cenicero, que se hicieron fuertes en la iglesia, para evitar verse sorprendido por las columnas liberales que le perseguían.

El día 26 de octubre, Zumalacárregui que observa la inacción de las divisiones liberales de Lorenzo y Oráa en Los Arcos, concibe un plan que le proporcionaría dos grandes victorias. Como la división del brigadier liberal O'Doyle había acompañado hasta Vitoria a Rodil cuando marchó a Madrid al ser destituido, el general Osma nuevo comandante de las provincias vascongadas le ordenó a este brigadier que se estacionase en el pueblo de Alegría. El día 27, Zumalacárregui que observaba desde el puerto de Echevarri el terreno vio que salía de Salvatierra una pequeña fuerza y rápidamente urdió un plan destinado a batir a las fuerzas de O'Doyle. El mismo con tres batallones navarros y el de Guías y el regimiento de Lanceros salió al encuentro de esa fuerza haciéndola refugiarse en Salvatierra y ordenando descargas cerradas al aire para que fuesen oídas en Alegría por los liberales. Al mismo tiempo mandó a Iturralde con los batallones 6º de Navarra, 3º de Álava y 2º de Guipúzcoa que se situara a su izquierda para cortar el camino de retirada de O'Doyle. Cuando este salió de Alegría, a la altura de Chinchetru se encontró con las fuerzas de Zumalacárregui formadas que le atacaron a la bayoneta deseosas de vengar los incendios, pillajes y muertes que sufrían sus pueblos ocasionándole una derrota total cayendo prisionero el mismo O'Doyle y refugiándose los supervivientes en Arrieta.



Elaboración propia con los datos de la Bibliografía.

Al día siguiente, como se escuchase el tiroteo durante toda la noche del ataque a los supervivientes liberales sitiados en Arrieta, el general Osma salió de Vitoria para socorrerlos con toda la fuerza que pudo reunir, pero llegados a la altura de Arrieta se encuentran con los batallones carlistas que les atacan con furia siendo dispersados totalmente y dejando más de 2.000 prisioneros que los carlistas no mataron aquel día por órdenes de Zumalacárregui, aunque el general O'Doyle fue fusilado en represalia por sus actuaciones en contra del derecho de gentes.

En estas circunstancias llega Espoz y Mina a Pamplona el día 30 de octubre y toma el mando del ejército liberal de Navarra lanzando proclamas en las que amenaza con una guerra total si no se somete la población y jugando el papel inverso al que desempeñó en la guerra de la Independencia cuando era él quién acosaba con sus partidas guerrilleras al ejército regular francés.

Zumalacárregui habla menos y obra más y el 4 de noviembre ataca en Sesma al jefe liberal Narciso López, venezolano que había luchado al lado de los llaneros de Boves y contra los de Páez en América y que estaba reputado como la mejor lanza

de su ejército después de Diego de León, a pesar de lo cual no aceptó la batalla contra la caballería carlista y se atrincheró en el pueblo.

Zumalacárregui con siete batallones y sus lanceros, reunido con el Cuartel Real de don Carlos invadió la Ribera de Navarra recibiendo el Pretendiente la adhesión entusiasta de las poblaciones y en Peralta atacó a los milicianos liberales que se refugiaron en el fuerte y resistieron tenazmente haciéndole levantar el asedio. A continuación atacó Villafranca, el día 28 de noviembre, donde los milicianos se refugiaron en la iglesia, que fue atacada e incendiada lo que les obligó a rendirse siendo fusilados los supervivientes a demanda de la población que había sufrido sus expolios y violencias. A continuación Zumalacárregui se encaminó a Sangüesa, Lumbier y por Aoiz pasó a Zubiri burlando una vez más a las numerosas tropas liberales que le perseguían.

Los carlistas sólo disponían de tres pequeños cañones de montaña, pero entonces se unió a ellos el oficial de artillería Vicente Reina quien junto al químico Martín Balda y mediante la recolección por pueblos y caseríos de menaje de cocina de cobre lograron fabricar en una fundición de fortuna en Labayen otros tres cañones de montaña más aunque el objetivo era conseguir obuses de sitio que sirvieran para el asedio de poblaciones fortificadas.

Juzgaba muy acertadamente Zumalacárregui que el momento era apropiado, tanto en lo político como en lo militar, para emprender una acción decisiva y con este fin atrajo al general liberal Luis Fernández de Córdova que mandaba en jefe las fuerzas en campaña ante el penoso estado de salud de Espoz y Mina recluido en Pamplona a una batalla en las posiciones de Asarta y Mendaza, prácticamente en el mismo sitio donde hacía un año que había tenido el novel ejército carlista su bautismo de fuego. Córdova, que no era buen general, aceptó el desafío y saliendo de Los Arcos con fuerzas que sumaban diecisiete batallones de infantería y seis escuadrones de caballería más algunas piezas de artillería se presentó avanzada la hora el día 12 de diciembre de 1834 en el campo de batalla.

La idea de maniobra que había concebido Zumalacárregui, de no haberse malogrado, hubiese hecho que el ejército liberal se hubiese desmoronado y como era la única fuerza capaz de impedirlo que existía entonces nada le hubiese impedido cruzar el Ebro y lanzarse sobre el indefenso Madrid colocando a don Carlos en el

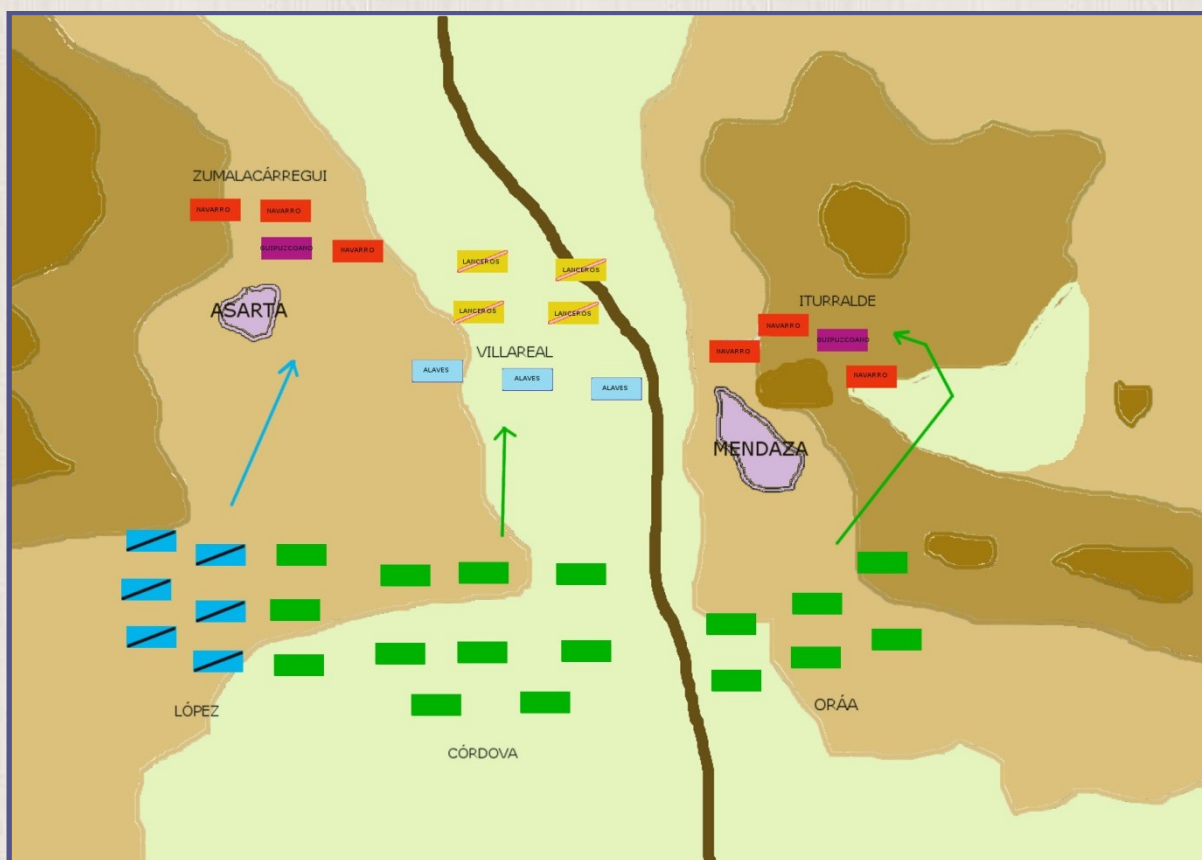
trono. Dos fueron los causantes del fracaso, uno carlista- Iturralde- otro liberal- Oráa-, y aún así la deficiencia táctica del jefe liberal- Córdova- estuvo a punto de proporcionar la victoria a Zumalacárregui.

Zumalacárregui había colocado a tres batallones navarros y uno guipuzcoano a las órdenes de Iturralde en las alturas inmediatas a Mendaza con instrucciones de no dejarse ver hasta que los liberales que desembocaban en columna de marcha en el campo se hubiesen dirigido al llano entre Asarta y Mendaza donde formaban tres batallones alaveses al mando de Villareal que servían de cebo. Él mismo se colocó con otros tres batallones navarros y uno guipuzcoano detrás de Asarta. Todo con el fin de que cuando los liberales se hubiesen dirigido contra el centro carlista las dos alas les hubiesen atacado de flanco haciéndoles retroceder y entonces los cuatro escuadrones de lanceros se ocuparían de la persecución.

Cuando Oráa que venía en vanguardia de los liberales se percató de que Iturralde había movido- contra las órdenes que tenía- sus cuatro batallones dejándose ver, el *Lobo Cano* (apodo que le daban los carlistas por su cabello encanecido) que fue el mejor jefe táctico liberal de la primera fase de la guerra, comprendió la encerrona que les esperaba y variando la marcha de sus batallones desbordó la izquierda carlista atacando a Iturralde de flanco.

Al ver esto Zumalacárregui tomó la decisión de presentar batalla a las divisiones de Córdova y López que se desplegaban frente a él y el centro carlista y el jefe liberal tuvo que replegarse a la segunda línea ante el ímpetu del ataque enviando una orden a Oráa para que se retirase, orden que este no obedeció, salvando por segunda vez de la derrota en ese día al general liberal.

Pero los ataques carlistas no pudieron romper la superioridad de fuerzas y de artillería de los liberales y Zumalacárregui tuvo que retirarse con una pérdida de unos 400 hombres, la mayor en una batalla que había sufrido su ejército hasta entonces. Si bien los liberales no tuvieron menos, sino probablemente más bajas, lo cierto es que quedaron dueños del campo.



Elaboración propia con los datos de la Bibliografía.

Zumalacárregui replegó sus batallones en buen orden y se estableció entre Zúñiga y Orbiso comprendiendo con su gran perspicacia que el general Córdova trataría de aprovechar lo que creía una victoria notable y, efectivamente en la mañana del día 15 salió este de Los Arcos al frente de sus fuerzas y con un plan de campaña que juzgaba excelente sobre el papel como táctico sin experiencia de combate previa y basado en conocimientos teóricos. Consistía este en atacar frontalmente él mismo el paso del río Ega por el puente de Arquijas que conduce a Zúñiga, mientras que Oráa daba un rodeo para envolver la izquierda carlista y caer sobre su ejército por el flanco y la retaguardia y el general Gurrea hacía lo mismo por la derecha carlista, con lo que pensaba Córdova acabar de una vez por todas con Zumalacárregui.

Este, intuyendo la maniobra de su enemigo, optó por no mostrar sus fuerzas y colocó en el puente de Arquijas primeramente al 4º batallón de Navarra con la compañía de granaderos del 3º de Navarra para que hicieran fuego a discreción sobre los batallones liberales que intentaban cruzar el río por el puente o por el

cauce. Cuando esas fuerzas agotaron sus municiones (siempre escasas en los carlistas) las relevó sucesivamente con el batallón de guías de Navarra, después con el 3º de Navarra, después con el 3º de Guipúzcoa y dos compañías del batallón castellano que ocasionaron grandes bajas a las tropas liberales que se obstinaban en atacar frontalmente. Este sacrificio estéril de sus hombres le hubiera costado probablemente la vida a Córdova de haberse encontrado en España cuando se produjo la subida al poder de los liberales exaltados a raíz del Motín de la Granja en 1836, pues le granjeó el odio de la opinión pública radical liberal.

Entretanto Oráa que había efectuado su marcha de flanco y al que Córdova recrimina en su Memoria justificativa ²⁴ que llegase con cuatro horas de retraso, cargo rechazado con vehemencia por Oráa, atacó el flanco izquierdo carlista y Zumalacárregui envió contra él a Villareal e Iturralde con los batallones 1º de Navarra, 1º de Guipúzcoa y 1º, 2º y 3º de Álava. Mientras Córdova se retiraba a Los Arcos ante la inútil sangría de sus tropas olvidando que le había dado como consigna a Oráa "punto de reunión el campo del carlista, punto de retirada la eternidad" el bravo general navarro conseguía entrar al anochecer en Zúñiga al retirarse los carlistas una vez más faltos de municiones, pero con grandes pérdidas y reunirse allí con Gurrea. Zumalacárregui se retiró a Orbiso habiendo conseguido golpear duramente la moral de los liberales y poniendo en evidencia la falta de solidez de la táctica de Córdova.

Fiel a su táctica de movimiento constante, Zumalacárregui después de un breve descanso de las fiestas de Navidad se movió hacia Guipúzcoa con el fin de tratar de sorprender a su antiguo jefe Jáuregui *El Pastor* que al frente de su columna compuesta mayoritariamente de carabineros y *peseteros* mantenía en constante inquietud a las poblaciones fieles a los carlistas. Llegado el 31 de diciembre a Villareal de Zumárraga supo por un correo interceptado (que los propios campesinos le llevaban) que se habían reunido las columnas de los jefes liberales Jáuregui, Carratalá, Espartero, Iriarte y Quintana con el objetivo de darle caza. Marchó de forma que les presentó batalla en el pueblo de Segura los días 2 y 3 de enero de 1835 haciéndoles retirarse precipitadamente perdiendo abundantes hombres y material para refugiarse en Vergara.

²⁴ Córdova, General. *Memoria justificativa*. (París: Julio Didot.1837). 81.

Como Córdova se había retirado del teatro de operaciones los generales liberales Lorenzo y Oráa quisieron triunfar allí donde aquel había fracasado, es decir en el puente de Arquijas, y enterados de que Zumalacárregui tenía pocas fuerzas a mano atacaron el 5 de febrero en el mismo sitio que el anterior 15 de diciembre y con la misma táctica exceptuando que esta vez el movimiento envolvente de Oráa se efectuó por la derecha carlista. El resultado fue otro fracaso que solo les sirvió a los dos jefes liberales para hundir su prestigio y reforzar el de Córdova y en concreto Lorenzo tuvo que dejar el mando que ostentaba en Navarra.

El gobierno liberal de Martínez de la Rosa no gozaba de estabilidad y la marcha de la guerra en el Norte distaba mucho de ser satisfactoria, por ello se había nombrado a Espoz y Mina general en jefe confiando en que su gran prestigio y talento militar alcanzase una victoria definitiva. Pero su calamitoso estado de salud que apenas le permitía abandonar el lecho no había hecho posible que se midiese en combate con el jefe carlista, el cual por su parte no temía gran cosa al caudillo liberal pues conocía muy bien la limitación de su capacidad militar para todo lo que no fuese la guerra de partidas.

Había ideado Espoz y Mina el cierre de la frontera francesa para evitar el abastecimiento de armas y municiones a los carlistas y para ello era crucial el dominio del valle del Baztán, más como el jefe carlista Sagastibelza con un par o tres batallones tenía el campo dominado los liberales se encerraban en Elizondo donde con su artillería de la que carecían absolutamente los carlistas rechazaban todos los ataques de estos. Pero a principios de febrero de 1835 el artillero Vicente Reina consiguió fundir varias piezas para los carlistas con las que empezaron a bombardear Elizondo haciendo crítica su situación.

Ante las peticiones de auxilio de la guarnición de Elizondo y siéndole imposible a Espoz y Mina ponerse al frente de la fuerza, envió una columna de socorro al mando del coronel Ocaña que fue hostigada por los carlistas obligándola a refugiarse en Ciga desde donde su jefe comunicó a aquel que su situación era desesperada pues estaba cercado por ocho batallones carlistas al mando del mismo Zumalacárregui ²⁵.

²⁵ (Iribarren 1943,460)

Con esta situación Espoz y Mina salió de Pamplona el 12 de febrero al frente de numerosas fuerzas y los carlistas se retiraron, máxime cuando el coronel Ocaña había amenazado con fusilar a toda la población de Ciga si no le permitían refugiarse en Elizondo. Espoz y Mina condujo desde el valle del Baztán un convoy de suministros a Pamplona donde entró el 21 de febrero.

Pero el 9 de marzo los carlistas desenterrando los cañones que habían ocultado ante la llegada de las fuerzas liberales empezaron otra vez a bombardear Elizondo y Ocaña volvió a pedir auxilio a Espoz y Mina que aun montando en cólera no tuvo más remedio que volver a salir hacia el Baztán calculando que Zumalacárregui estaba ocupado en la Ribera donde había conquistado Los Arcos. Con su gran intuición Zumalacárregui adivinó las intenciones de Espoz y Mina y el día 11 cuando este salió de Pamplona ya estaba en el valle de Ulzama dispuesto a interceptarle.

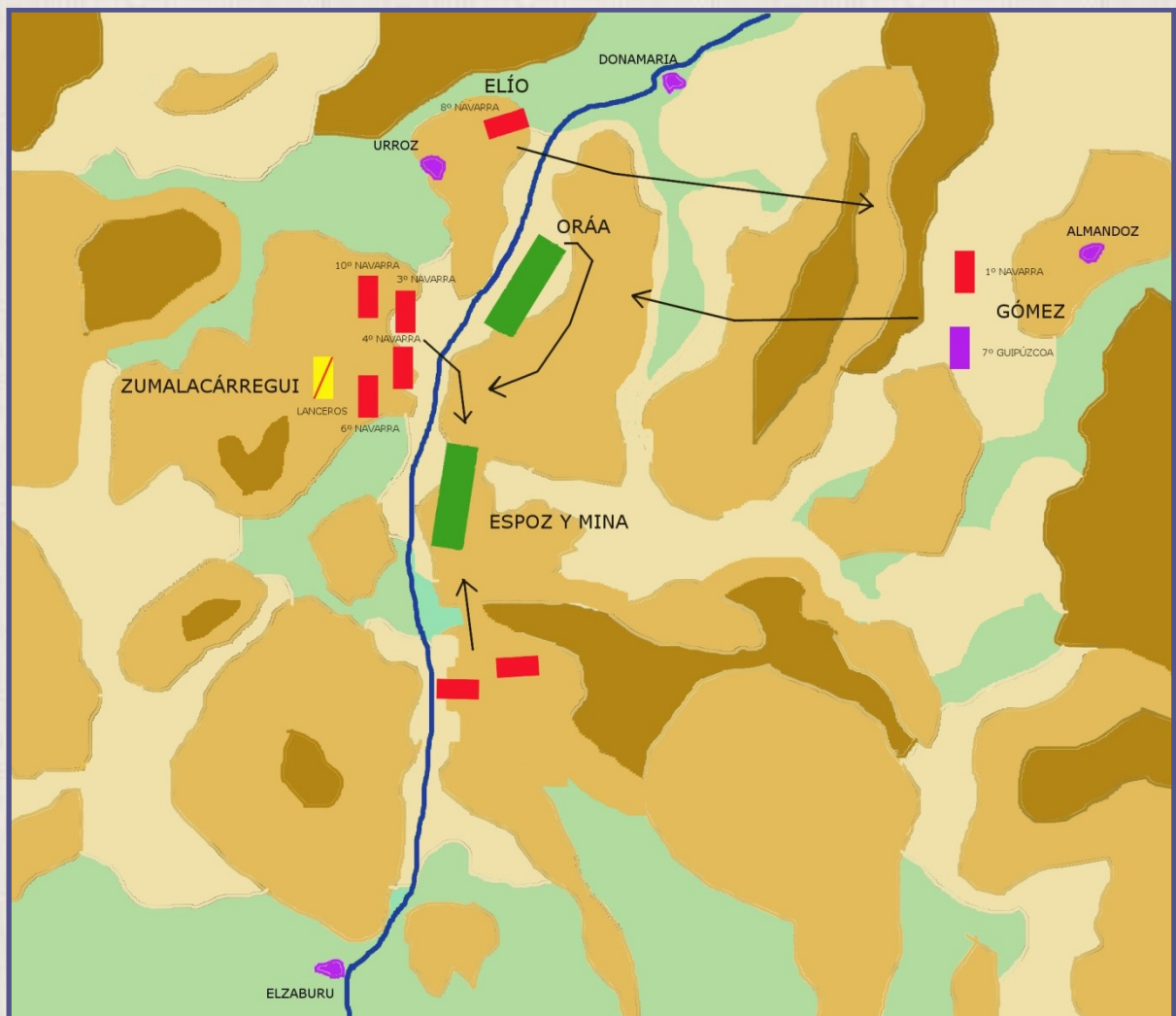
Marchaba en cabeza de las fuerzas liberales el general Oráa con unos 3.000 hombres y le seguía a distancia Espoz y Mina con unos 1.500, entre ellos los *peseteros* de León Iriarte alias *Charandaja* que había de ser fusilado siendo coronel por Espartero en Pamplona en noviembre de 1837 como responsable de la muerte del general Sarsfield y los desórdenes protagonizados por sus fuerzas. Cuando Zumalacárregui vio que las fuerzas de Oráa se dividían para pernoctar entre Elzaburu y Oroquieta las atacó con el 6º de Navarra, lo que hizo que Oráa – experto guerrero - supusiese la presencia del jefe carlista en el campo de batalla.

Zumalacárregui a su vez comprobó que Espoz y Mina estaba en las filas liberales y concibió la idea de acabar con él. Mandó a Sagastibelza que abandonase el sitio de Elizondo y se le uniese y él con los batallones 4º, 6º y 10º de Navarra más el 3º (el llamado del Requeté «*Vamos andando, tápate, que se te ve el Requeté*») que llegó a las 8 del día 12 y un escuadrón de Lanceros se dispuso a la batalla.

A las 9 de la mañana del día 12 de marzo emprendieron la marcha las tropas liberales desde Elzaburu, cuando la vanguardia de Oráa llegó al alto del monte de Larremiar (hierba pequeña en vasco) vio a lo lejos fuerzas carlistas que venían del Baztán y avisó a Espoz y Mina que reagrupase sus fuerzas pues se temía lo peor.

Efectivamente, Zumalacárregui en cuanto observó la brecha existente entre las fuerzas de Oráa y las de Espoz y Mina lanzó a sus batallones que estaban emboscados hacia la cumbre del monte Larremiar y cortó a los liberales en dos.

Espoz y Mina que viajaba en una especie de tenderete montado sobre una mula y acompañado de dos burras de leche debido a su malísimo estado de salud que sólo le permitía tomar ese alimento, quedó desconcertado. En ese momento la iniciativa de Oráa salvó a Espoz y Mina de un total desastre, pues haciendo volver a sus fuerzas sobre sus pasos atacó con ímpetu a los carlistas desalojándoles de la cumbre de Larremiar y reuniéndose con su jefe cuyas tropas le vitorearon al grito de ¡Viva el Abuelo!



Elaboración propia con los datos de la Bibliografía.

Pero cuando Espoz y Mina reanudó la marcha para reunirse con la fuerza de Oráa en lo alto del monte, Zumalacárregui atacó de nuevo y además se presentaron por la retaguardia liberal varios batallones navarros que rompieron el fuego contra ellos. En este momento sólo la determinación de los *peseteros* que nunca daban cuartel ni lo recibían, el coraje de Espoz y Mina y la ayuda decisiva de las fuerzas de Oráa le

salvaron de caer en manos de los carlistas, aunque fue herido en un hombro sin consecuencias gracias a que las muchas prendas de abrigo que llevaba y la poca penetración de los proyectiles redondos que disparaban los fusiles de la época impidieron que la bala profundizase en la carne. De todos modos el armatoste de transporte, su equipaje y las burras de leche se perdieron en el combate.

Todavía les quedaba a los liberales ya reunidos llegar hasta los pueblos donde pernoctar y era más de mediodía con el peligro de encontrarse cercados por los cuatro costados. Aquí Espoz y Mina dio muestra de su astucia pues falsificó un orden para Elío que se presentaba de frente con el 8º de Navarra mandándole desviarse hacia el puerto de Velate con lo que ya de noche y sin dejar de ser hostigados, los liberales pudieron entrar en Donamaría y Santesteban habiendo perdido unos 300 hombres.

Si los batallones carlistas del Baztán y los de Almandoz hubiesen acudido con la velocidad precisa nada hubiese salvado al general liberal de la derrota completa.

Mientras Espoz y Mina guarnecía el valle del Baztán y efectuaba represalias de fusilamientos e incendios de pueblos como Lecaroz, Zumalacárregui ya el día 15 de marzo marchaba con sus tropas a atacar el importante fuerte de Echarri Aranaz, punto clave en la comunicación entre Vitoria y Pamplona, tomándolo el día 19 y marchando después contra Olazagutía- también en la misma vía-, lo que hizo que Espoz y Mina volviese a toda prisa del Baztán a socorrer la posición retirándose Zumalacárregui pero consiguiendo que el general liberal retirase la guarnición de ella.

Nada habían conseguido los diferentes generales en jefe liberales contra Zumalacárregui, por el contrario este aumentaba de día en día tanto el número como la disciplina y el adiestramiento de sus tropas. Los generales liberales y sobre todo Espoz y Mina a pesar de sus métodos que hoy serían calificados de crímenes de guerra se veían sorprendidos y burlados una y otra vez por el caudillo guipuzcoano como le ocurrió al general Aldama que recién llegado con una división de refuerzo vio desconcertado como Zumalacárregui en Arróniz ocupaba al día siguiente de lo que él creía una derrota las mismas posiciones anteriores a ella.

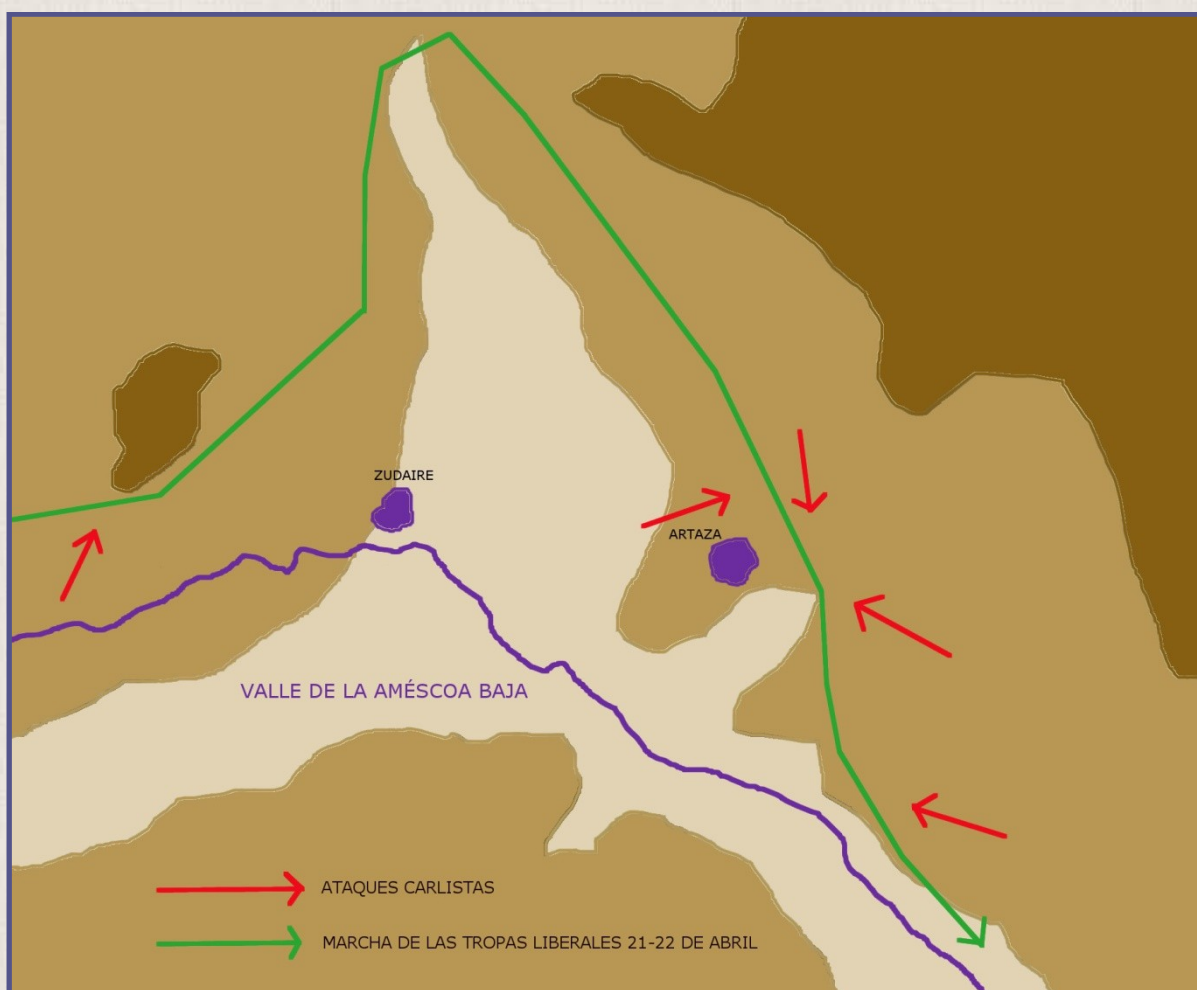
Únicamente las partidas de tropas irregulares como las de los *peseteros* del comandante Iriarte (a) *Charandaja* o las fuerzas de Jáuregui *El Pastor* eran capaces de hacer una guerra parecida a la de los carlistas, pero como estaban formadas por individuos desarraigados del país que se dedicaban al pillaje en gran escala sus actuaciones reforzaban la causa carlista.

Por otra parte el clima político de la España liberal era malísimo con un avispero de facciones enfrentadas de moderados y radicales subdivididos a su vez entre sí, cada una apoyando a un general diferente.

Viendo Espoz y Mina que nada positivo obtenía y aduciendo su malísimo estado de salud (lo que era cierto) presentó su dimisión a primeros de abril de 1835 siéndole aceptada por el gobierno, que designó como nuevo general en jefe al que desempeñaba en esos momentos el cargo de Ministro de la Guerra, don Gerónimo Valdés, y que ya lo había desempeñado con anterioridad.

CAMPAÑA CONTRA VALDÉS

Urgía al general Valdés, dada la grave situación política en la España liberal, tomar la iniciativa cuanto antes y concibió el proyecto de concentrar una fuerza irresistible contra Zumalacárregui para obligarle a un encuentro decisivo en el que sería aplastado y a tal fin concentró en Vitoria a mediados de abril no menos de treinta batallones con los que emprendió el camino del valle de Las Améscoas que era uno de los mayores santuarios de los carlistas.



Elaboración propia con los datos de la Bibliografía.

Cuando el día 21 de abril de 1835 empezaron las fuerzas de Valdés en número aproximado de 25.000 hombres a penetrar en la Améscoa Alta ya tenía Zumalacárregui concentrados los batallones de Guías de Navarra, 1º, 2º, 3º, 4º, 6º y 10º de Navarra, 1º de Castilla, 1º y 2º de Álava y el escuadrón de caballería denominado de *La Legitimidad* formado por oficiales sin plaza de mando.

Al entrar las vanguardias liberales en el valle, Zumalacárregui que no tenía intención de dejar escapar impunemente a los liberales como a primeros de abril cuando Córdova recorrió el valle incendiando los pueblos aprovechando que estaba lejos, ordenó a sus batallones replegarse escalonadamente frente a ellas desde Larraona a Aranarache, después a Eulate y después a San Martín de Améscoa y desplegó en guerrillas al batallón de Guías de Navarra para hostigar su avance mientras situaba detrás de San Martín a los batallones 3 y 4º de Navarra, 1º de Castilla y 1º y 2º de Álava donde se les reunieron los 1º, 2º, 6º y 10º de Navarra.

En este momento efectuó Valdés una maniobra tácticamente absurda que denota que los nombramientos militares del bando liberal se debían mucho más a causas políticas que de competencia profesional, pues hizo internarse a todas sus fuerzas en las fragosidades de la sierra de Urbasa que flanquea la Améscoa por el norte llevándolas a pernoctar en un expuesto y frío páramo alto donde no había posibilidad de abrigo ni siquiera de agua, la llamada *venta de Urbasa* cuando, además, las tropas liberales habían consumido las tres raciones de campaña con las que salieron de Vitoria.

Sin explicarse la finalidad de la gran demostración de fuerza de Valdés para luego rehuir el combate - aunque quizás el general liberal se sorprendió del aspecto aguerrido y disciplinado que presentaban los carlistas, bastante superior al de hacía 14 meses cuando abandonó su primer mando en Navarra - Zumalacárregui se desconcertó un tanto con este movimiento y mandó al 10º de Navarra, el 4º y algunas compañías del de Guías para observar y hostilizar a los liberales mientras que movía sus demás fuerzas para pernoctar cómodamente (dentro de lo que cabe) en los pueblos amescoanos.

Al amanecer del día 22 los liberales en lugar de descender al valle por el puerto de Zudaire que era de más fácil acceso, viendo desplegados en el llano a los batallones carlistas siguieron por la sierra para intentar el descenso por el puerto de Artaza en donde la estrechez del paso permitió que los carlistas con los batallones 2º, 4º y 6º de Navarra más el de Guías fusilasen a placer a la vanguardia liberal al mando de Valdés que tuvo que abrirse paso a la bayoneta con enormes pérdidas y después que los carlistas hubiesen consumido sus escasas municiones. Además

Zaratiegui con los batallones 1º y 3º de Navarra y 1º de Castilla y Villareal con los 1º y 2º de Álava atacaron a la división de Córdoba que cubría la retaguardia y Zumalacárregui después de volver a municionar a los 2º, 4º, 6º y Guías cargó de flanco contra la división de Aldama que descendía el puerto detrás de la vanguardia.

Ya de noche pudo acogerse Valdés a Estella mientras Córdoba tuvo que detenerse en Abarzuza habiendo sufrido los liberales grandes bajas ante un ejército cinco veces inferior en número, perdido más de 3.000 fusiles, numerosos prisioneros y con la moral bajísima, según recoge el mismo Zumalacárregui en su parte oficial del día 25 ²⁶.

Esta batalla fue decisiva, más aun en lo político que en lo militar, pues además de exasperar las disensiones entre los jefes militares y políticos liberales, el mismo día 25 se presentó ante Zumalacárregui el enviado del gobierno británico Lord Eliot para proponerle un convenio que pusiera fin al sistema atroz del fusilamiento de los prisioneros, convenio que firmó el general carlista y que tres días más tarde firmó Valdés. Además de la significación humanitaria era enorme la importancia política pues nada menos que el gobierno líder de Europa estaba otorgando reconocimiento de beligerancia al bando carlista.

En cuanto se repusieron y municionaron sus tropas no perdió tiempo Zumalacárregui para aprovechar el estado de abatimiento de las fuerzas liberales y puso sitio a Irurzun a finales de abril. No consiguió tomarlo pero quedó tan maltrecho que cuando las fuerzas de socorro llegaron desde Pamplona se evacuó el pueblo dejando así totalmente aisladas entre sí esta y Vitoria.

En seguida, el 8 de mayo, ya estaba Zumalacárregui preparado para asaltar Treviño donde los nuevos batallones alaveses 4º y 5º al mando del coronel Sopelana atacaron con gran ímpetu tomándose la población el día 11 y capturando los carlistas 500 prisioneros, fusiles, artillería y pertrechos, retirándose con ellos de forma que cuando acudió el general Valdés en socorro ya no encontró nada ni nadie.

²⁶ (Madrazo 1844,296-302)

Tan grave se presentaba la situación para los liberales que el general Valdés ordenó el abandono de algunos pueblos fortificados pues al disponer de artillería Zumalacárregui ya batía sin problemas las posiciones que antes estaban fuera de su alcance. Así se abandonó Estella donde entraron los carlistas el día 15 y Oráa recibió instrucciones para preparar la evacuación del valle del Baztán, mientras que Valdés con la masa de maniobra de que disponía se retiraba a la orilla derecha del Ebro.

Sin oposición Zumalacárregui se presentó ante los muros de Pamplona donde resultó muerto el jefe de su caballería, coronel Carlos O'Donell, que la había entrenado de forma magnífica.

Para finales del mes de mayo marchó Zumalacárregui a atacar Villafranca de Ordizia en Guipúzcoa y como después de cuatro días de sitio la artillería de poco calibre de que disponía no hacía mella en las defensas de la población mandó traer del Baztán uno de los morteros de sitio de grueso calibre que había fundido el artillero Reina con medios de fortuna.

El general Valdés dio orden a Jáuregui que acudiese con sus fuerzas desde San Sebastián en socorro de Villafranca, a Espartero desde Vitoria también y él mismo salió de Pamplona con el mismo fin. Ante ello Zumalacárregui mandó a Gómez que marchase contra Jáuregui con los batallones guipuzcoanos que impidieron salir de Tolosa al jefe liberal. Espartero con fuerzas superiores a todo el ejército carlista que asediaba Villafranca pasó por Vergara y fue a pernoctar el día 2 de junio en el alto de Descarga en medio de una furiosa tormenta repitiendo el error de Valdés en la sierra de Urbasa y obligando a sus tropas a sufrir las inclemencias del tiempo lo que contribuyó a debilitar aún más su baja moral.

Como Valdés no se movía de Mondragón, Zumalacárregui concibió una de sus maniobras para sorprender al enemigo. Estando enfrente de Espartero en el pueblo de Zumárraga el general Eraso con los batallones vizcaínos le ordenó que si Espartero se movía hacia su posición le dejase pasar y después le atacase por la espalda mientras que Zumalacárregui lo haría de frente y para animar al general liberal a avanzar cañoneó ininterrumpidamente Villafranca.

Espartero viendo el cada vez más lamentable estado de sus tropas y que Valdés no aparecía ordenó la retirada al atardecer del día 3 a través de la tormenta pero una avanzada de Lanceros de Vizcaya y el batallón de Guías de Álava que atacó a la

retaguardia liberal provocó el pánico y la desbandada de toda la fuerza que perdió más de 2.000 prisioneros antes de poder refugiarse en Vergara.

Este nuevo desastre selló la suerte de Villafranca que se rindió inmediatamente, igualmente Jáuregui se retiró de Tolosa a San Sebastián y los carlistas ocuparon la primera e igualmente se rindió Vergara de donde se había retirado Espartero dejando una guarnición que no quiso sacrificarse.

El 10 de junio de 1835 entraba triunfal don Carlos en Vergara y conferenciaba brevemente con su general en jefe apaciguando su gran disgusto por las maniobras palaciegas que buscaban descreditarle a los ojos del soberano carlista y que le habían llevado incluso a presentar su dimisión el día anterior.

El día 11 continuaron Zumalacárregui y las fuerzas carlistas su paseo militar apoderándose de Eibar, Durango y Ochandiano.

Se había llegado al momento decisivo de la guerra. El ejército liberal estaba derrotado en toda la línea y las únicas fuerzas en condiciones de entrar en campaña se habían retirado a la orilla derecha del Ebro en Miranda, únicamente las plazas de Pamplona, San Sebastián, Vitoria y Bilbao permanecían en poder de las tropas liberales.

Con el gran botín de armas obtenido, el levantamiento de soldados en todo el territorio y el gran número de prisioneros liberales que se pasaron a sus filas, pudo disponer Zumalacárregui que todos los batallones llenasen la plantilla de 750 hombres y que su número se incrementase hasta un total de 35, 1 de Guías de Navarra, 1º al 12º de Navarra, 1 de guías de Álava, 1º al 5º de Álava, 1º al 5º de Guipúzcoa, 1º al 7º de Vizcaya y 1º al 4º de Castilla más 4 escuadrones de Lanceros de Navarra y 1 escuadrón de Lanceros de Vizcaya y dos compañías de artilleros y dos de zapadores con un total de alrededor de 27.000 hombres en armas.

La situación era inmejorable para desde Ochandiano lanzarse sobre Vitoria-débilmente guarnecida – y después cruzar el Ebro en Miranda donde estaba Espartero con 12 batallones que hubiesen sido fácilmente derrotados y a continuación seguir a Burgos y a Madrid sin oposición.

Pero don Carlos- influido por la camarilla palaciega que le rodeaba- y aduciendo su falta absoluta de recursos económicos pidió a Zumalacárregui que tomase Bilbao antes para allegar fondos en esa gran ciudad comercial sin atender el razonamiento lúcido de su general en jefe que le señalaba que lo más importante era, no el dinero que se podría conseguir fácilmente una vez entrasen en Madrid las tropas carlistas, sino el tiempo que había que aprovechar para no dar oportunidad al enemigo de rehacerse.

La falta de visión estratégica del Pretendiente combinada con las bajas maniobras de los cortesanos que reprochaban a Zumalacárregui sus grandes gastos cuando mantenía el ejército carlista un mes con lo que los jefes liberales gastaban en un día obligaron al caudillo guipuzcoano a dirigirse a Bilbao y hacia su muerte.

ZUMALACÁRREGUI ANTE BILBAO

Desde el día 10 de junio el general Eraso- que era el Comandante General carlista de Vizcaya – tenía situadas fuerzas de bloqueo ante Bilbao cuya guarnición no pasaría de 5.000 hombres de calidad mediocre ^(*) pero que disponía de no menos de 30 piezas artilleras de grueso calibre mientras que el tren de batir de Zumalacárregui solo constaba de 8 piezas de calibres pequeños y medianos de poca efectividad contra los fuertes que defendían la ciudad.

() "Dos batallones del regimiento voluntarios de Valencia, 4º de ligeros. Un batallón de Gerona, 3º de ligeros. Regimiento provincial de Ronda. Cuatro compañías del provincial de Compostela. Dos compañías del Real cuerpo de artillería. Media compañía del Real cuerpo de zapadores. Una compañía de salvaguardias de Vizcaya y partidas sueltas del 3º y 18º de línea, de los provinciales de Alcázar de San Juan, Mondoñedo y otros cuerpos, á cuya fuerza además se unía la del batallón de la milicia urbana y compañía de artillería urbana en Bilbao, las dos de auxiliares, la compañía de urbanos de Begoña y destacamento de los de Durango, quienes durante todo el sitio alternaron en el servicio con igual decisión que sus compañeros".* ²⁷

El día 12 llegó Zumalacárregui con 14 batallones e inmediatamente emplazó baterías en el alto de Begoña para empezar a cañonear los fuertes al alba del día 13 después de que la guarnición no contestase a las intimaciones de rendición. El día 14 abrió brecha la artillería carlista en uno de los fuertes a costa de que se arruinasen las dos piezas de mayor calibre que tenían y estaban ya preparadas las compañías 1ª y 2ª de los Guías de Navarra para dar el asalto pero tuvo que ser suspendido a causa de no tener municiones los soldados y cuando se remedió los liberales habían taponado ya la brecha.

²⁷ Antonio Pirla Antonio. 1868. *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberales y carlista. Tomo II.* (Madrid: Crédito Comercial.1868).11.

Esa noche escribió Zumalacárregui a don Carlos manifestándole que veía extremadamente difícil tomar Bilbao dada la inferioridad artillera que tenía y que procurase buscar dinero para pagar a los soldados.

Hubo quien aconsejó al general carlista que bombardease la población civil a lo que este contestó que mientras que los combatientes liberales se mantuviesen en los fuertes haría fuego contra ellos y no contra la ciudad.

El día 15 a primera hora subió Zumalacárregui a un balcón a observar la línea enemiga y una bala rebotada le alcanzó en la pantorrilla de la pierna derecha haciéndole el médico-cirujano don Vicente González de Grediaga la primera cura de una herida que no parecía revestir gravedad.

MUERTE Y SEMBLANZA DE ZUMALACÁRREGUI

En la relación que hizo este médico-cirujano se halla el relato pormenorizado de los 9 días que transcurrieron entre la herida y el fallecimiento ²⁸. Dicho facultativo propuso la extracción de la bala inmediatamente a lo que Zumalacárregui se opuso sin duda influenciado por la poca efectividad que había observado en las intervenciones de los médicos de su tiempo y fue conducido a Durango por cuarenta granaderos de su batallón favorito, el de Guías de Navarra.

En esa localidad estaba el Cuartel Real y don Carlos envió a su cirujano don Teodoro Gelos a visitar al general, además a primera hora del día 16 le visitó personalmente tratando de disuadirle de proseguir viaje a Cegama pero Zumalacárregui no consintió en ello y también manifestó su voluntad de ser tratado por el curandero *Petriquillo* que era de su confianza. Pernoctó la comitiva en Vergara y la cura de *Petriquillo* a base de ungüento de manteca y vino- que asombró a un médico inglés voluntario que se había unido al cortejo- no parece que diera resultado declarándosele al general fuertes dolores. El día 17 continuaron viaje llegando a Ormaiztegui – pueblo natal de Zumalacárregui- donde le hizo el curandero otra cura y marchando a pernoctar a Cegama. Allí se incorporó al equipo médico un cirujano de nombre Bolloqui y junto a Gelos y Petriquillo sondaron la herida sin dar con la bala ante la protesta de Grediaga que veía como empezaban a declararse los síntomas de infección.

El día 18 este médico consiguió que una junta de facultativos aprobase que se le aplicase una cura a base de sanguijuelas a la herida y enemas con lo que consiguió que la infección de la herida mejorase y la movilidad intestinal evacuase materias que amenazaban producir graves daños internos. El día 19 Zumalacárregui tuvo apetito pidiendo de comer a lo que Grediaga se oponía pero los demás no le hicieron caso y proporcionaron al general sustanciosos caldos además de no parar el despacho con todo tipo de gentes. Los días, 20, 21 y 22 el estado fue bueno. Pero el 23, a espaldas de Grediaga, los tres mencionados sondaron otra vez la herida y el 24 de madrugada extrajeron la bala con gran destrozo en la pierna. A las dos horas se le declaró a Zumalacárregui una fiebre convulsiva y falleció a las once menos cuarto habiendo recibido los auxilios espirituales y declarando antes a Grediaga que tendría que haberle hecho caso.

El que fue su Ayudante General le retrató así,

"El hermano político de Zumalacárregui y el capitán don Simón Capape, su antiguo y fiel servidor formaron inventario de su modesta herencia que consistió en tres caballos con sus monturas, una mula, tres pares de pistolas, un sable y una espada, una escopeta de caza, el antejo que le regaló el coronel Gurwood, y finalmente algo más de catorce onzas en dinero metálico, resto de las treinta que le entregó el pagador Mendigaba en Zornoza, las otras las había distribuido durante la marcha entre los granaderos que le conducían. He aquí todos los bienes materiales que por su muerte legó Zumalacárregui á su esposa y tres tiernas hijas.

Don Tomás Zumalacárregui era de estatura de cinco pies y dos pulgadas, tenía la espalda un poco ancha y algo torcida. De ordinario no llevaba la cabeza muy erguida, y antes por el contrario, cuando caminaba a pie, marchaba con la vista fija en el suelo, como si fuese ocupado de una profunda meditación. Sus ojos eran claros y castaños; el mirar penetrante, profundo como el del águila, su tez clara, la nariz regular, el cabello castaño oscuro y espeso; en sus últimos años principiaba ya a encanecerse, y lo llevaba por lo común muy corto. La patilla unida al bigote favorecía en extremo a su fisonomía, mostrándola tan singular, como belicosa, nunca se veía en sus acciones ni públicas ni privadas, cosa que desmintiese aquel aire de imperio con que la naturaleza le había dotado. Zumalacárregui hablaba poco y no reía mucho, escuchaba con particular atención á cuantos le dirigían la palabra, y cuando daba audiencia, era tan enemigo de dejar negocios pendientes y de hacer esperar a las personas (especialmente desgraciadas), que se olvidaba hasta de comer. Jamás se sentó á la mesa hasta no haber oído al último de los que deseaban hablarle. Así, con frecuencia sucedía que la comida dispuesta para el mediodía, le aguardaba todavía por la noche, esto acontecía todas las veces que pasaba veinte y cuatro horas en un pueblo.

.....

Celoso por la religión de sus abuelos, estaba muy lejos del fanatismo y de la hipocresía. Trataba a todos según la moral de su conducta, y ni aun los eclesiásticos si estaban faltos de virtudes, hallaban en él consideraciones particulares. Los talentos y la calidad de las personas eran tenidos en grande aprecio por Zumalacárregui".²⁹

²⁸ (Madrazo 1844,365-375)

²⁹ (Zaratiegui 1845,392-394)

BIBLIOGRAFÍA

ANDÚJAR CASTILLO, FRANCISCO. *El ejército estamental en la España del siglo XVIII*. Granada: Universidad de Granada, 1990. Consultado 6 de febrero 2015.

<http://digibug.ugr.es/handle/10481/6489>.

BAROJA, PÍO. 1997. *Obras Completas. Tomo IV*. Edición de José Carlos Mainer. Barcelona: Círculo de Lectores.

BULLÓN DE MENDOZA, ALFONSO. *La primera guerra carlista*. Madrid : Universidad Complutense, 2002. Consultado 6 febrero 2015).

<http://biblioteca.ucm.es/tesis/19911996/H/0/H0003401.pdf>

CONDE DE CLONARD, TTE.GRAL. 1854. *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería. Tomo VI*. Madrid.

CONDE DE CLONARD, TTE.GRAL.1856 .*Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería. Tomo VII*. Madrid.

CÓRDOVA, GENERAL. 1837. *Memoria justificativa*. París: Julio Didot.

HENNINGSSEN, C.F. 1939. *Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacárregui*. San Sebastián: E. Española.

IRIBARREN, JOSE M^a. 1943. Mina y Zumalacárregui en la batalla de Larremiar. *Revista Príncipe de Viana, Nº 13*. 457-491.

MADRAZO, FRANCISCO DE PAULA. 1844. *Historia militar y política de Zumalacárregui*. Madrid: José Vallejo.

PIRALA, ANTONIO. 1868. *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista. Tomo I*. Madrid: P. Mellado.

PIRALA, ANTONIO. 1868. *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberales y carlista. Tomo II*. Madrid: Crédito Comercial.

ROLDAN GONZÁLEZ, ENRIQUE. 1982. Los Ejércitos Carlistas del siglo XIX. *Revista de Historia Militar, Nº 53*. 69-95.

ZARATIEGUI, J. ANTONIO. 1845. *Vida y hechos de don Tomás de Zumalacárregui*. Madrid: José Rebolledo.